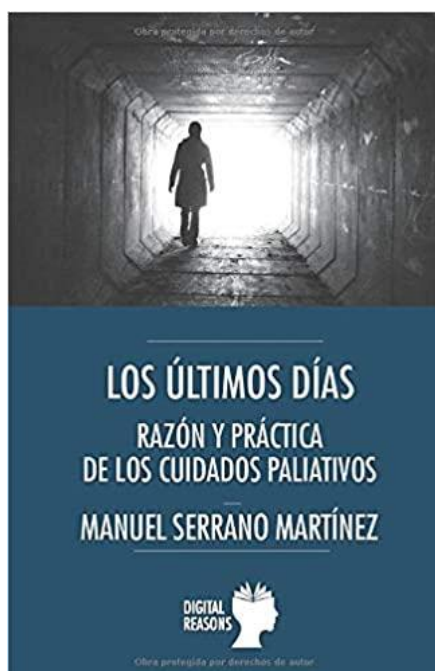


Serrano Martínez, M. (2019). *Los últimos días. Razón y práctica de los cuidados paliativos*. Madrid: Digital Reasons

Diego Gracia

Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

E-mail: dmgg@fcs.es



Es muy probable que el lector de este libro, sólo accesible en formato digital, sienta una cierta sorpresa, o quizá contratiempo, al comprobar que su contenido no corresponde a lo que promete su título: “Razón y práctica de los cuidados paliativos”. Parecería que se trata de un manual completo de cuidados paliativos, en que va a exponerse la teoría, en primer lugar, y la práctica, después. Pero no es así. El libro ha sido compuesto por un médico internista, a lo que parece, sin especial formación en cuidados paliativos, pero muy interesado por el sentido de la vida humana, en primer lugar, y por la ayuda, digamos espiritual, o humana, a las personas en “los últimos días” de su existencia. De que el tema le preocupa es buena prueba el que ya en 2018 publicara, en la editorial de la Universidad Francisco de Vitoria, otro volumen titulado *El hombre ante la vejez*.

Tanto quien decide escribir un libro como también quien inicia su lectura, han de comenzar teniendo claro cuál es su género literario. Porque un tema como el del final de la vida permite abordajes muy distintos, que naturalmente llevan también a conclusiones distintas. Está, en primer lugar, el género propio de la ciencia natural: exponer los resultados de las observaciones o experimentos llevados a cabo utilizando los métodos de la biología, la farmacología, o cualquier otra ciencia natural. Indudablemente, no es este el género al que pertenece el presente libro. Pero

tampoco se trata de un estudio de psicología, de sociología, de filosofía o de teología. Esto último es más sorprendente, porque el autor no se arredra ante temas tan enormes como los de la libertad, la dignidad, el sentido de la vida, el dolor, el sufrimiento y la propia muerte. Es más, el autor afirma explícitamente que “no es en modo alguno el propósito de este libro desarrollar conceptos filosóficos, sino todo lo contrario, hacer una reflexión sobre la manera en que los hombres tratamos a nuestros semejantes en momentos en los que aparece la fragilidad, la dependencia y el dolor” (pp. 39-40). Se trata, pues, de una reflexión personal, resultado de una práctica que no dudo en calificar de prolongada y exitosa, sobre el sentido de la vida y la muerte.

Intentando encajar este tipo de abordaje en alguno de los géneros literarios al uso, se me ocurre que su lugar propio es el del “ensayo”. Este es un género algo venido a menos, pero muy cultivado en España en el pasado siglo por autores tan eminentes como Unamuno y Ortega y Gasset, por recordar dos de sus máximas figuras. Este género tuvo particular éxito entre los médicos, hasta el punto de que Alain Guy consideró la profusión y riqueza del ensayismo de altos vuelos un rasgo distintivo de la medicina española, en fuerte contraste con la de otros países, como Francia. Baste recordar los nombres de Gregorio Marañón o Pedro Laín Entralgo, aunque la lista podía ampliarse sin ninguna dificultad. Es más, en España se dio un fenómeno muy llamativo y no excesivamente ejemplar, y es que entre los discípulos de Marañón, que tuvo muchos, cundió el deseo de imitarle también en esto. Pero, como era de esperar, se cumplió el principio de que las imitaciones no conducen a nada bueno, y de aquellos ensayos ya no queda, en muchos casos afortunadamente, ni el recuerdo.

No es ahora el momento de fijar con algún rigor cuáles son las características del género ensayístico. Porque a veces parece que se trata de un ejercicio de superficialidad, hablando de temas que son muy serios y que han venido ocupando a lo más granado de la intelectualidad desde tiempos inmemoriales. El buen ensayo es una cosa muy seria. Pero aquí, como no podía ser de otro modo, también se cumple el dicho aristotélico de que *corruptio optimi pessima*.

En las escasas 200 páginas del libro, se despachan de modo olímpico problemas de una enorme envergadura, a cada uno de los cuales habría que dedicar, cuando menos, la vida entera. Así, en las primeras páginas del libro, a propósito del origen de la vida, el autor afirma que “para que algo obtenga una potencialidad que no contiene inicialmente se necesita una intervención externa” (p. 15). Se trataría de “una causa existente previamente, que, desde siempre, el hombre ha considerado el Ser divino” (p. 16). Y con eso se despacha la cuestión. Por poco versado que uno ande en filosofía, no en filosofía moderna sino en la que parece que sigue el autor, la aristotélico-escolástica, sabe que la potencia de algo no se conoce hasta que no se transforma en acto, de modo que hasta que el ser humano llega a ser en acto, no se conoce eso que tuvo antes en potencia, incluido el psiquismo superior o específicamente humano. ¿Cómo sabe el autor que el psiquismo superior no estaba en la potencialidad dada ya desde el origen? El emergentismo es cualquier cosa menos una aberración mental, y tiene tantas razones a su favor, cuando menos, como el creacionismo.

Los ejemplos podrían repetirse a propósito de otros graves términos, como “dignidad”, “intención”, etc. Es preciso recordar que el término dignidad no ha tenido siempre el sentido que le damos ahora, que no es anterior a finales del siglo XVIII, época en que

lo dotó de su actual significado Kant. *Dignitas* en latín no significó dignidad, sino nivel social. Aún quedan restos de ello en nuestra lengua, como cuando hablamos de los “dignatarios” o de las “dignidades” civiles o eclesiásticas. Ese es también el sentido que tiene el término en el libro de Pico de la Mirandola que el autor cita varias veces. Mil veces se ha repetido en la liturgia de la misa el *Domine, ego non sum dignus*. De hecho, en toda la tradición medieval, el pecado privaba de dignidad. También conviene saber que cuando Kant reconceptualizó el término, tuvo buen cuidado de aclarar que se trata de un concepto “formal”, que define la condición ontológica de los seres humanos, pero que por su carácter formal y no deontológico, no dice lo que hay que hacer. Lo cual explica lo que para el autor constituye una paradoja, y es que apelen a la dignidad tanto quienes quieren defender el suicidio asistido y la eutanasia, como quienes se oponen a ellos (p. 49). Los conceptos formales, decía Kant, son canónicos pero no deontológicos, y por tanto no dicen lo que hay que hacer. Las buenas causas, que las hay, no dan licencia para utilizar malos argumentos.

Aún más complicado es el tema de la “intención”, sobre el que el autor vuelve varias veces a lo largo del libro. Si hay algún concepto necesitado de crítica y claridad, es el de intención. No se trata solo, que también, de que los seres humanos nos engañemos a nosotros mismos continuamente sobre nuestras propias intenciones. Todo psiquiatra sabe que en los trastornos obsesivos-compulsivos las personas se consideran responsables de sus actos, cuando no lo son, o lo son en grados muy limitados, y que, por el contrario, la mayoría de las personas responsables de actos son capaces de encontrar disculpas que les exoneren de responsabilidad. Habría que decir que en esto de la intención, creen tenerla quienes no la tienen, y viceversa. Pero dejando esto aparte, baste recordar la crítica a la que se ha sometido al concepto de intención en la filosofía del último siglo. Por citar solo dos nombres, valgan los de Wittgenstein y Anscombe. Hoy no puede hablarse de intención como si se tratara de algo elemental. Por cierto, conviene recordar que este concepto no jugó papel ninguno en la ética griega hasta la época del estoicismo, y que no jugó un gran papel en ética hasta la época de Agustín de Hipona y la posterior escolástica medieval, por unos motivos que hoy pocos teólogos se atreverían a defender. Su historia medieval es todo un problema, que no se resuelve, por cierto, cuando los filósofos idealistas alemanes, ya en pleno mundo moderno, hacen pivotar sobre la categoría de *Gesinnung* nada menos que su teoría moral. La categoría de intención no puede parecer clara más que a un análisis precipitado y superficial. El propio autor, citando a Simone Weil, dice que “nadie es malo voluntariamente” (p. 73). ¿En qué quedamos? Esta es la famosa “paradoja socrática”, que, merece también recordarlo, no fue solo de Sócrates, ni está dicho que deba tenerse por absurda. Lo que sí es claro es que obliga a rehacer partes enteras de los tratados de ética.

Dicho todo esto, hay en el fondo de este libro algo que considero muy valioso, y que a mi personalmente me conmueve. Se trata del intento de un profesional de reflexionar sobre su propia actividad para vivirla con la máxima seriedad posible. Esto es lo verdaderamente importante; es lo que justifica una vida, y por supuesto también una profesión. El médico no tiene por qué ser un filósofo, o un teólogo. Basta con que sea buen médico y procure comportarse del modo más responsable posible. Precisamente porque su cometido es una cosa muy seria. Como dice el escrito hipocrático *Sobre el médico*, “las relaciones entre el médico y sus pacientes no son algo de poca monta. Puesto que ellos mismos se ponen en las manos de los médicos, y a cualquier hora

frecuentan a mujeres, muchachas jóvenes, y pasan junto a objetos de muchísimo valor”. La medicina es una cosa muy seria, y quien la ejerce con auténtica “vocación”, responsablemente, quien empeña su vida en ello, merece, al menos en mi caso, admiración y respeto. Ese entiende su vida como “misión”, algo que siempre resulta sobrecogedor, ya que a veces obliga a comportarse de modo absolutamente desinteresado y hasta heroico. Pienso en la lección que nos han dado a todos en esta pandemia del COVID-19 los profesionales sanitarios que, faltos de la protección debida, han arriesgado su vida y en bastantes casos la han perdido. Una profesión capaz de llevar a cabo actos de este tipo está moralmente muy sana y constituye un ejemplo en que debían mirarse otros estamentos de nuestra sociedad.

También me producen un gran respeto las creencias religiosas del autor de este libro. Aunque desconocido para mí, en estas páginas queda clara su profunda religiosidad cristiana. Algo digno no solo de respeto sino también de admiración. El gran mandamiento del amor es suficiente para justificar la vida. Pero debe huirse de la tentación, tan frecuente en ciertos grupos cristianos, de querer justificar por la vía de la razón, con argumentos que no son de recibo, cosas que pertenecen a otro orden. El celo religioso no puede servir para justificar todo tipo de causas. El problema de este libro no está en su objetivo, ni tampoco en el espíritu que trasparece en sus páginas. Está en los argumentos con que intenta probar por vía racional algo que el autor no “sabe” sino que más bien “cree”.

Hay que dar a cada cosa su espacio propio. No todo es razón en el ser humano. Pero cuando se trata de razonar, hay que hacerlo con la máxima seriedad, y no de un modo, cuando menos, inocente, ingenuo. No hacerlo así es tirar piedras contra el propio tejado. Esta actitud de respeto y seriedad parece corroborarla el propio autor cuando escribe, ya casi al final del libro: “No se trata de la ley de Dios, se trata de que el hombre sea capaz de razonar naturalmente por sí mismo de forma holística. La capacidad que la naturaleza ha concedido al ser humano es suficiente para que llegue a conclusiones válidas para afirmar su humanidad. El uso de la razón sin eliminar de la ecuación la consideración completa de lo que es la humanidad de la persona, refuerza el alcance de la razón.” (p.176). Pues eso.